

26 EMOCIONES Y SENTIMIENTOS: LENGUAJE VERBAL Y SISTEMA DE RELACIONES OBJETALES: (I) SENTIMIENTO Y SIGNIFICADO.

CONTENIDO

1. Introducción. Consideraciones sobre los temas
2. El sujeto y la conciencia
3. Intensión, referencia, afectación y evaluación
4. Mentira, error y anomalía
5. Pensamiento, lenguaje interior y percepción
6. Sobre memorias
7. Lenguaje, mundo real y tautología
8. Sobre los qualia y los significados relacionales
9. Símbolos y signos
10. Sobre disfunciones y patologías
11. Bibliografía

1. INTRODUCCIÓN. CONSIDERACIONES SOBRE LOS TEMAS

El peso de lo afectivo, la “inteligencia emocional”, el papel del afecto en la comprensión del otro y de uno mismo, e incluso el peso de lo afectivo como guía en la resolución de los más abstractos problemas ocupan un importante lugar en las reflexiones psicológicas y psiquiátricas contemporáneas: a veces representan al sentimiento y la emoción como fieles compañeros de la cognición y otras como guías y evaluadoras de esa cognición.

Sostendremos aquí una orientación por la que el sentimiento, de igual manera que el carácter real o imaginario de la percepción son inmediatos a cada uno de los aconteceres psíquicos. Percibir un palo como quebrado al atravesar la superficie del agua, o percibir un espejismo en el desierto – como bien demuestra Austin (1)-, no son ilusiones: ¿Acaso no se pueden incluso

fotografiar?. Hacer de las sombras chinescas en la habitación fantasías de antiguos inquilinos sí son ilusiones. La ilusión exige una sobre-interpretación que dote de sentido –a menudo causal- a lo habitual o a lo no habitualmente percibido. Pero ¿es así?, ¿se dan dos pasos sucesivos en un percibir y un interpretar?. Creemos que no: cuando en la ilusión percibo la sombra chinesca, de hecho percibo “el fantasma de tal”, cuando percibo el palo ondulado por la refracción, percibo el “palo quebrado”... la percepción viene cargada de realidad o de fantasía. Y si voy buscando con mucho interés un cierto trozo de madera para fabricar un bastón, también en el mismo instante perceptivo, estaré decepcionado ante el “palo quebrado”, o más bien –insistimos en ello- percibo un “palo-quebrado-decepcionante”, y en la habitación de nuestro ejemplo percibo el “fantasma-de tal-que-me-llena-de-estupor-y-miedo”, todo unido, todo a la vez.

- Que la conciencia humana se asiente sobre lo no consciente y que incluso –a veces- se asiente en el error, la mentira o la ignorancia no disminuye su peso: sólo la conciencia de sí simultánea a la conciencia del objeto nos define como humanos.
- El nacimiento, de la conciencia “es” el nacimiento y la aparición del lenguaje verbal.
- El lenguaje verbal definido por el plano de la expresión significativa y el plano del contenido (significado) conlleva una referencia al mundo y un aspecto que relaciona los objetos de ese mundo con el sujeto.
- El peso de lo relacional es el peso del sentimiento y de la evaluación / valoración.
- El significado objetal o referencial es la parcela del plano del contenido en el signo por la que éste representa al objeto del mundo.
- El significado relacional es la parcela del plano del contenido en el signo por la que éste presenta el objeto del mundo al sujeto y el sujeto al objeto del mundo.
- Dado que el objeto del mundo real no es meramente encontrado sino co-construido, el significado relacional nace con el significado objetal: me afecta en lo inmediato y no secundariamente como connotación o afecto sobreañadido.
- La significación integra tanto el plano de la expresión (significante) como el plano del contenido (significado objetal y significado relacional).
- La parcela del contenido que es el significado relacional no es del dominio de la connotación sino de la denotación.
- La presencia del significado relacional introduce, ya desde el signo, el sentimiento y las actividades de evaluación y valoración: el objeto “afecta” a un sujeto que evalúa y valora ese objeto.
- El sentimiento se asienta en el significado relacional en tanto que este último contribuye a la significación al relacionar el significado objetal con el sujeto.
- Las actividades de evaluación se integran en el signo precisamente porque en el sujeto se inscriben los anhelos, planes y metas u objetivos según los cuales se evalúan las acciones y se valoran los objetos (y el propio sujeto).
- El sentimiento presenta –además- una sincronía o funcionamiento en paralelo entre el significado relacional y el “quale”.
- Qualia y significados relacionales se sincronizan según tipos relativamente reducidos de qualia y de significados relacionales dentro de los cuales se generan una gran diversidad de posibilidades –en cierto modo “cognitivas” y “afectivas”- según las diversas modulaciones de los significados relacionales.

- Los tipos señalados al ser reelaborados por el lenguaje verbal se mantienen como tales desde su asentamiento original y primitivo en los procesos emocionales.
- Las emociones, diferentes de los sentimientos, son reacciones reflejas o condicionales ante estímulos, sean objetos, sean situaciones. Sus estímulos son o bien percepciones o bien elementos elaborados en el interior del sistema de la lengua (sentimientos).
- Como los empujes instintivos se hacen deseos “en” y “a través de” el lenguaje verbal, las emociones primitivas u originales se hacen sentimientos a través de ese desarrollo-maduración.

2. EL SUJETO Y LA CONCIENCIA

Toda teoría del sujeto se discute desde otra teoría del sujeto. Lo que nos interesa en este trabajo es el sujeto en tanto consciente. La consciencia sigue siendo el gran problema (Strawson, 2). Si teorizo la consciencia, teorizo al sujeto y –a pesar de propuestas en que desaparece la continuidad del sujeto- teorizo sobre predisposiciones históricas, sobre una biografía, porque el sujeto consciente es un algo / alguien que se mueve en el tiempo y si no hay ese algo / alguien, no hay historia: diferentes instantes de algos que no mantienen alguna identidad no poseen historia.

Si no hay consciencia, no hay sujeto y no hay historia. Si no hay identidad en la continuidad de los instantes, por más rupturas que haya, no se da identidad en el tiempo; y si no hay identidad en el transcurrir no hay identidad en el instante. Hay una continuidad de “mi” en el tiempo así sea falsamente amparada por la memoria (o más bien, ilusa, defensiva o confusamente amparada).

El sujeto de la consciencia (y del enunciado) no es el agente de la enunciación (Zuazo, 3), aún cuando crea lo contrario. Sin embargo, soy sujeto consciente y ese es mi valor como humano (así sea que me consideren alienado, perdido, engañado, “llevado por el ello” o “juguete del significante”). El agente de la enunciación no es nada como humano, tal vez me comprende en su seno como elemento y está en el origen de lo que yo (como sujeto consciente) hago / soy, pero no es humano: en este caso la clase o el origen son inferiores al elemento o al efecto. No se puede herir, castigar, ayudar, proteger... a un agente de la enunciación, como no se pueden hacer tales cosas a una multiplicación o a las declinaciones del latín.

En tanto soy “sujeto más consciencia”, en mis actos, en mis pensamientos, en mis palabras, nada es “inhumano”, ni el fuego, ni el hierro, ni la inmoralidad, ni siquiera

tratar o ser tratado como si no fuese “sujeto más consciencia”. Fuera del “sujeto más consciencia” todo es inhumano, al menos inmediatamente.

Pero ciertamente todo lo humano no es necesariamente adecuado, “ético”, “válido”... y lo consciente se asienta en complejos y a veces espinosos basamentos no conscientes cuya importancia –no obstante- radica sólo en eso: en que los materiales elaborados pueden hacerse conscientes o se relacionan con ellos en la complicación de las estructuras y organizaciones.

Estar alienado no es dejar de ser humano, estar errado, confundido, alucinado son todos modos –también- de ser humanos (y cualquier análisis teórico o trabajo práctico debe de contar con ello). Vivir en la ilusión de un yo agente que lo ocupa todo, que ignora –o niega atrevidamente- sus rupturas, contrariedades y contradicciones, y su carácter de “efecto”, es también humano y “vale” por su consciencia.

El que duerme sin soñar “vale” por lo que fue y por lo que será... como el cadáver, que esta vez vale solo por lo que fue (más allá o más acá de las metáforas poéticas de la vida en el recuerdo). Yo (como sujeto consciente), para mí, lo valgo –casi- todo. ¿Qué significa en todos estos contextos “valer”?, significa algo muy simple, así sea abusivo: que identificamos “valer” y consciencia (por tanto sujeto), vale/valgo lo que es/soy consciente. Pero, y “lo inconsciente” y, sobre todo, “lo no consciente”, ¿no valen?: pues no..., o valen como el dólar en un país donde los recursos de su moneda están almacenados en dólares, pero donde nadie puede aceptar en la compra-venta sino la moneda del país.

Valgo para mí porque soy consciente, y vale –él- para mí porque es (lo sé, me “aparece”) consciente. Y sé que vale porque me afecta; valgo para mí porque todo “yo” soy afectación a través de ese “mí”. Me afecta él en tanto es objeto con el que me relaciono; me afecto yo cuando me tomo reflexivamente: yo conmigo.

Siento la afectación a través de mi relación con el otro, con el objeto, incluso con la cosa: me emociono porque me relaciono, me duele porque me relaciono. Y todo ello siendo, desde el principio o en un segundo momento, elaborado por el lenguaje verbal, un lenguaje en el que la relación ha de ocupar una plaza de primer rango. Eso es el significado relacional y el sentimiento.

La utilización del término “signo” en gran parte de este trabajo tiene que ver con el “signo-enunciado”. El calificativo “enunciado” aplicado al signo y a la oración indica una actualización (aquí y ahora, en este contexto y por tal sujeto hablante) de un pensamiento o de una palabra. El enunciado implica la enunciación y el enunciador como sujeto de ese enunciado y como agente de la enunciación. El enunciado supone además que la significación y el valor del signo se extienden en el signo-enunciado hacia el sentido que les acoge y contextualiza (siempre según las posibilidades de los signos que funcionan como casillas vacías). El signo-enunciado en el marco del sentido, y por lo tanto la significación, conlleva una afectación.

¿Cómo entendemos que el lenguaje verbal, gran elaborador de los materiales psicológicos, me atraviese y constituya?, ¿o que “yo” no sea el agente-principal de la enunciación de ese signo enunciado por “mí”? La organización y estructura del lenguaje exige que lo pensado/hablado sea solo posible a través de sus reglas. Dejando

por el momento el problema de la tautología (en el sentido de que el lenguaje sólo puede hablar de sí mismo) y de la intencionalidad (que en el fondo se refiere a la misma dificultad), cuando “yo” quiero decir algo:

- No sé de los complejos pasos que he de dar con respecto a las codificaciones, descodificaciones e inferencias;
- Las palabras y frases brotan en mi boca con espontaneidad y –en general- facilidad;
- Cuando oigo/escucho esas palabras y frases brotadas me sorprende de las asociaciones, modismos, o extrañezas que pueden llegar a francos lapsus;
- El cómo surgen las palabras, manteniendo evidentemente relación con el “qué quiero decir”, se adscribe a reglas sintácticas (portadoras de impulsos a juegos semánticos) que a menudo parecen cobrar independencia: lo que quería decir, diciéndolo se me escapa de las manos.

Lo que pienso, lo que digo, cómo lo pienso, cómo lo digo... el todo me muestra que “yo”, en tanto autoconsciencia, no soy el gran agente. Y no como el general que desconoce –y así debe ser- con precisión las más o menos diferenciadas tareas de su tropa, limitándose a gestionarla en las labores propiamente tácticas o estratégicas; más bien el “yo” se dibujaría como un general de mando limitado que subliminalmente es bañado de órdenes que hace ejecutar creyéndolas suyas. Entonces, ¿dónde estoy “yo” (consciente)?, ¿soy una marioneta o epifenómeno de ese “gran” agente de la enunciación?. ¡pues no!, en todo este vaivén soy el único que sabe que es (que sabe que soy), el único que “sabe que quiere que... y por eso...”, esto sería verdad aún cuando –para los extremistas- ese querer le viniera dado. Soy el único que sufre o se alegra humanamente (es decir: teniendo conciencia de padecer) si se cumplen o no “mis” objetivos (así sean –una vez más- objetivos prestados).

Repitémoslo: el agente de la enunciación no es humano, por más poderoso que sea (y lo es) no está en la cúspide. Porque solamente ser consciente es estar en la cúspide, ser consciente –y por tanto “yo” en ese sentido- no es un epifenómeno (Popper, 4) sino que permite introducir el sentimiento y la –constante- evaluación “focal” (Changeux y Connes, 5) en cada instante, en cada mínima operación (y en las meta-evaluaciones correspondientes). Solo porque somos conscientes hemos llegado a interesarnos en lo no consciente que lo sustenta. Ser consciente –aún siendo efecto- es ser un humano (hablante) que puede moverse en el plano de la expresión y en el plano del contenido que engloba al sentimiento inscrito en el significado relacional.

Conozco al objeto afectándome, no es que primero lo conozca y luego me afecte. Tales movimientos nos hacen sugerir la entrada en función no de una enciclopedia sino de “mi” enciclopedia; el significado referencial no nace de un segundo paso tras el surgimiento del significado objetal.

Tal vez, y dando un paso más, la afectación (el significado relacional) se encuentre en íntimo solapamiento con la consciencia, porque ¿qué es la consciencia del “me parece que” cartesiano sino afectación, “sentir”? “Sentir a x” es tener una opinión sobre x” y, más aún, “ser consciente de que tengo una opinión sobre x”. La consciencia introduce una distancia con aquello con lo que se es consciente, y esa distancia está ocupada por “mi”. La consciencia (como “consciencia que”) implica, en lo que me afecta a mí, la “consciencia de”, y eso está ocupado por el sentimiento como significado relacional.

Mientras que la conciencia tética posicional (conciencia de un objeto) sería diferente del objeto que conoce, según Esterson (6), la conciencia no tética (como conciencia que poseo de ser consciente) toma al sujeto por objeto reconociéndose a sí misma. Sartre (7, p.83) considera que esa conciencia irreflexiva no es inconsciente (“no es preciso ser consciente de mi mismo para actuar”) sino que es consciente de ella misma de forma no-tética. Así pues podíamos plantear un paralelo con el significado relacional: desde un punto de vista general la conciencia de sí, previa, “prerreflexiva”, estaría marcada por la relación del sujeto consigo mismo, la conciencia posicional, del objeto, tomaría a éste como polo de la relación con el sujeto. En el primer caso me relaciono conmigo mismo de una manera espontánea y no reflexiva. Diremos con Merleau-Ponty (8) que “hay un cógito prerreflexivo que es la condición del cógito cartesiano (p.21)”.

3. INTENSIÓN, REFERENCIA, AFECTACIÓN Y EVALUACIÓN

Lo que hace particular cada modo de aproximarse a la referencia es precisamente esa aproximación (“psicológica” e individual), es lo que sugirió Frege (9) manteniendo su noción de sentido contra la exclusiva referencia.

Vista así, la referencia es lo que “hay” (“ahí fuera” a menudo), mientras que el sentido (intención) es mi modo de acercamiento a ella. La intención son reglas de aproximación a la referencia, o modos de verla, o perspectivas incidiendo en tal o cual aspecto. Sin embargo tal propuesta hace a la referencia excesivamente “externa” y fuera de nosotros; no podemos olvidar que la referencia es una “unidad cultural” (Eco, 10).

No existe Alejandro, sino “mi Alejandro”, como “mi Temístocles” o “mi Tarzán”, e incluso –tal vez- “mi electrón”... También existe “mi muñeco Fulano” de mi infancia o “mi Mengano” compañero imaginario. Sin embargo es evidente que el carácter del “mi” –o su porcentaje si se quiere- varía en cada caso. Alejandro fue un rey macedonio, gran conquistador, que (me dicen que) existió en el cuarto siglo A.C. Temístocles le precede como gran combatiente naval. Por el “mi” pongo en ellos atributos que tal vez fueron menores o que incluso no tuvieron; si yo desaparezco, desaparece el “mi” conmigo, pero el “su” resiste: el “su” que es lo que me dicen los historiadores y eruditos, pero también restos y efectos. Y es que Alejandro es “mi/su Alejandro” como “mi/su Tarzán”, en el primer caso el “su” presupone una unidad cultural asentada en un referente real, en el segundo caso la referencia es (culturalmente) imaginaria. De “mi muñeco Fulano” puede haber algo de “su” en tanto conocido, comentado, agenciado, malquerido por mis mayores; de “mi Mengano” compañero imaginario no hay sino “mi”, aunque una vez construido “mi Mengano” se torna referencia (imaginada) con voluntad propia en algunos o muchos aspectos (personaje que exige, que me exige).

Como señala Ayer (11, p.41) comentando la teoría de las descripciones de Russell (12), incluso los nombres propios poseen cierta “connotación” que los hace “descripciones implícitas”. En el fondo, desde la perspectiva que aquí sugerimos, el “mi”, del modo cuantitativo que sea, lo atraviesa todo; el propio Ayer (p.43) escribe: “La cuestión es si podemos liberar por completo al lenguaje de su contexto expresivo”.

Seguramente, como nos lo dice Kripke (13) en su teoría de los “designadores rígidos”, en cualquier mundo posible Alejandro Magno es Alejandro Magno (no es así el que su preceptor haya sido Aristóteles); pero yo no tengo modo de escaparme de “mi Alejandro Magno”, por el hecho de conocerlo –en este caso a través de comentarios y lecturas- lo hago mío, relacionado conmigo, su presencia indefectiblemente me afecta. Y no es que conozca “objetivamente” y luego me afecte, sino que el conocimiento y la afectación son prácticamente simultáneos. ¿Cuánto pongo de mí?, complicada pregunta en cuyas respuestas trasiegan los historiadores.

Si nos contentamos con un ser vivo, actual, por ejemplo el alcalde de mi ciudad: es un hombre que se pasea, que se deja fotografiar, a quien veo en imagen y con quien me cruzo por la calle. ¿Su referencia es “ese hombre alcalde” llamado “Juan” a quien he visto y tal vez tocado?; no lo creemos, su referencia es una construcción psicológica, “unidad cultural” (Eco, 10) si se quiere, coincidente con esa corporalidad biográfica a quien llamo “Juan”, una corporalidad biográfica que va más allá de su nombre. “Juan” no es una referencia sin intensión (sentido); en el caballo –conocido como “Bucéfalo”- que se paseó por Grecia y Asia cabe todo lo que pueda decirse de él como “Bucéfalo” y, cuánto más, como “caballo de Alejandro”. Pero es que ya “Bucéfalo” como referencia es una clase que engloba como elementos todo lo que puede decirse de ella: es un “significatum” en el sentido de Morris (14) albergando el “denotatum”. Y, una vez más, se trata de “mi” significatum tanto como de “mi” denotatum, afectándome en ambos aspectos.

Desde el momento en que capto el objeto del mundo, tal aspecto o atributo es relacional: relación exigida para que se den aptitudes oportunas entre lo captado y el captador, tanto para lo sensible como para lo inferido. El mundo y sus objetos cuentan además con otras propiedades que no capto, las no relacionales; mientras que las propiedades relacionales son evidentes, la afirmación de la existencia de las propiedades no relacionales bordea la petición de principio (estamos indicando al “objeto en-sí”).

El significado objetal o referencial muestra el encuentro con las propiedades relacionales generales, además –es lo que sugerimos en estas líneas- se presenta la afectación propiamente dicha que tiene que ver con las modificaciones que se introducen mediante la relación con el objeto intencional: nos topamos entonces con el sentimiento (significado relacional). Si el objeto intencional está en la referencia, el sujeto se sitúa en la intensión (sentido en Frege, 9) del enunciado como modo de aproximación a la referencia.

Llegados a este punto habremos de distinguir dos tipos de intensiones. Por la “intensión 1”, propia del signo, éste se inserta en la forma del significante funcionando como llave que abre la memoria en todos sus aspectos. La “intensión 2” deja la lógica del puro significante y a diferencia de la primera puede ser consciente. Es decir: posee un contenido como regla formulable en forma de proposición. En la intensión 2 se trata de

signos, se trabaja tanto con el plano de la expresión como con el del contenido y tiene más que ver con el “sentido” tal como lo presenta Frege (9) en la pareja con la referencia.

¿Podría darse un puro significado relacional?: no, puesto que tal significado se encuentra, por definición, íntimamente engarzado al significado objetal.

¿Podría darse un puro significado objetal?: tampoco, puesto que por su mera presencia se inscribe en el área de la afectación del sujeto, de sus anhelos, de sus planes y objetivos.

La intensidad 1 tendría que ver con una afectación inmediata por significado objetal en forma de significado relacional surgiendo de la decodificación e inferencia del signo (Sperber y Wilson, 15). La intensidad 2 dibujaría una afectación más compleja y mediata.

El significado surge complejo, en el nivel de la intensidad 1, a través de la inferencia en el marco de la memoria enciclopédica; el nivel de la intensidad 2 nace en torno a reglas que sitúan la referencia “objetal”.

En ambos casos el significado relacional marca la afectación de la referencia objetal sobre el sujeto. El significado, desde esta perspectiva, toma en cuenta de modo muy importante la noción de interpretante en Peirce (16) por la que el plano del contenido se define según nuevos signos que encajan unos signos con otros más allá del plano meramente sintáctico o significante. El significado se enriquece también con “perceptos cognoscitivos” codificados según modos propios. Vemos en el plano del contenido un punto de confluencia extraordinariamente rico y complejo que suma la idea, en su sentido más saussuriano (Saussure, 17), al interpretante y a la evaluación de los planes así como al campo “sentimental” (relacional). De esta forma también los espacios de la denotación y de la connotación (Hjemslev, 18) rompen la bipolaridad para hacerse continuos: el pasaje de una hacia la otra se hace así más paulatino siendo difícil, más allá de casos extremos, situar con precisión de qué dominio (denotativo o connotativo) se trata.

4. MENTIRA, ERROR Y ANOMALIA

Se nos dice: el signo, la palabra sola no es ni verdad ni mentira, tales atribuciones sólo podrían hacerse a las proposiciones y con menos vigor a frases y enunciados (aunque autores como Moya –19- insisten en que la verdad y la mentira debieran ser asunto de enunciados vistos como proposiciones contextualizadas y marcadas por la enunciación). ¿Es así?. Comenzaremos por un signo “x”, ¿es real?, ¿es imaginario?, es decir: ¿concierno al “mundo posible actual” (Zuazo, 20), o meramente a un mundo posible?. Pensamos que se presenta con evidencia que “unicornio”, “caballo”, “Napoleón”,

“agua”, “Tin-tin”, “comer”, o “maná”, ya en su propio significado, vienen impregnados de realidad o de fantasía; tal carácter no es algo sobreañadido ni por connotaciones ni por juicios.

En este momento pienso y menciono a “Bucéfalo” o a “Poulidor”, en el instante “Bucéfalo” se confunde en mi, y si hablo en quien me escucha, con “el caballo de Alejandro” (el significante se diluye, se hace transparente) y “Poulidor” con “el eterno segundo en el ‘Tour de Francia’...”, ¿y si se hacen transparentes dejando al Cid como propietario del caballo o a un ganador de vueltas ciclistas francesas?, ¿esa correspondencia –y si se quiere, coherencia- ausente en el segundo caso no es precisamente el error, sea cual sea su origen?. En el signo hay acierto o error, un error que puede también ser comprendido como falsedad (sin la intencionalidad de la mentira).

El signo puede ser real, imaginario, correcto, incorrecto, errado, falso... Es la extremada complejidad del signo especialmente en el plano del contenido. El significante no se enlaza meramente como código a un significado en el que ambos se consumirían totalmente. El significante, en juego con otros significantes, pone en marcha un proceso sobre el que no tiene control; el signo se hunde en el plano del contenido que es como decir en la referencia, la consciencia y el sentimiento.

Desde el punto de vista de la teoría de las descripciones (Russell, 12), o de la descodificación e inferencia en la comprensión del signo (Sperber y Wilson, 15) y seguramente también desde los interpretantes en Pierce (16), el plano del contenido del signo es un espacio laxo e híbrido con múltiples desplazamientos. Una descripción o paráfrasis, el resultado de una interpretación, o lo inferido a través de la intensión desde la memoria enciclopédica, son frases, enunciados, presupuestos y supuestos, imágenes, etc. Es de este modo como el significado toma distancias del mero concepto saussuriano (Saussure, 17).

La comprensión de las palabras siempre es “verdad”; para un hispanohablante una frase habitual en ese idioma escuchada es involuntaria e inmediatamente comprendida –otra cosa no sería error sino anomalía (Witgenstein, 21). De hecho carece de sentido hablar en este caso de verdad o mentira. Comprendo automática y evidentemente lo que me dicen, y también me afecta de igual modo lo dicho a través del sentimiento y el significado relacional: aquí tampoco hay verdad o mentira, acierto o error, solo cabría la anomalía (neuro o psicopatológica).

En torno al significado relacional puedo mentirle al otro, nunca a mi mismo, ¿tampoco puedo equivocarme?, ¿y en el temor inmediato de la fobia?: sostenemos que aún en esos casos no se trata de error alguno sino de anomalía. Pero, ¿de qué anomalías tan frecuentes hablamos?.

Si apunto con un dardo a una diana y fallo no hay mentira (salvo que finja), hay error. El dardo no se inserta, no se corresponde con el círculo. Si apunto pretendiendo lanzar el dardo y mi mano –agarrotada- sigue sosteniéndolo con fuerza, no hierro, me comporto anómalamente.

Un significado relacional (sentimiento) no es ni verdad ni mentira porque en cierto modo es un hecho que no dice nada (aunque se pueda decir de él).

El significado relacional no se posiciona con respecto a las condiciones de verdad (como lo hace el significado objetal) pero en él se dan condiciones que en nuestro caso podemos denominar “condiciones de afectación”, tienen que ver con los anhelos del individuo vistos como disposiciones asentadas en “categorías estructurales” (Strawson, 2).

Los anhelos, enmarcados en la anticipación, suponen planes y objetivos que son organizaciones cognitivas. De este modo el significado relacional engarza sólidamente en las actividades de evaluación humanas. Siguiendo el ejemplo de los ordenadores “expertos” en el ajedrez, Connes (Changeux y Connes, 5) nos recuerda que cada partida se juega “localmente”, es decir, en cada movimiento; la elección del gesto siguiente no la lleva a cabo el humano como el ordenador repasando casi a la velocidad de la luz una enorme memoria, sino construyendo “la función de evaluación adaptada a la intencionalidad que se le propone (p.223)”. El humano evalúa cada paso, y llegado el caso evalúa la evaluación; remarcaremos sobre el tema la propuesta de un matemático como Connes: “pienso que el mecanismo que permite estimar si la función de la evaluación es apropiada al fin supone afectividad (...). La adaptación de la función de evaluación al fin propuesto no puede medirse sino por el placer o el displacer que engendra (p.224)”.

¿Qué estamos sugiriendo?: que el significado relacional – omnipresente- engarza en el plano del contenido el objeto con lo “cognitivo” de los objetivos y planes del sujeto en el conjunto de la afectación sentimental, y lo hace “localmente” (en cada uno de los pasos del signo y de su organización en enunciados, pensados y/o dichos).

Si el significado relacional, se encuentra formando parte del contenido del signo, pertenece también al dominio de la significación y al del automatismo: cuando escucho algo, o pienso en –y con- ello, el significado relacional forma parte de lo que ese algo significa para mí.

Sin embargo ese significado relacional, cuando hablo al otro, no aparece sino como “notificación” (Husserl, 22): “El contenido de la notificación –escribe el autor, p.240- son las vivencias psíquicas notificadas”, estas vivencias son percibidas, o apercebidas, por el interlocutor como percepción “externa” y no vivencia propia. La notificación tendría más que ver con el sentido que con la significación, sobre todo si tomamos al sentido como “caracterización semántica del enunciado” en contrapartida de la significación que concerniría a la semántica de la oración (Ducrot, 23, p.184).

5. PENSAMIENTO, LENGUAJE INTERIOR Y PERCEPCIÓN

Cuando hablamos (también cuando pensamos entendiendo tal proceder como lenguaje interior), el hablante y el interlocutor necesariamente poseen “algo”, algo fundamental y definitorio, que es común a los dos interlocutores, distinguiremos en tal acontecer tres estratos:

1. Un estrato que podemos calificar de formal, específico y fijado, “que toma en cuenta las propiedades semánticas sólo en la medida en que estas se ven reflejadas en su forma (Sperber y Wilson, 15, p.111)”. Desde nuestra orientación tendría que ver con la intensión en el plano del contenido que como cerradura coincide plenamente con la organización formal del significante.
2. Un segundo estrato común a los hablantes de una determinada cultura, sociedad o grupo, de carácter menos fijo.
3. Un tercer estrato, el más móvil y variable, de índole idiosincrásica y biográfica.

Mientras que en la alteración del primer estrato hablaremos de anomalía y no de error (Wittgenstein, 21), en los dos últimos podrán cobrar relevancia la equivocación y las particularidades individuales. Los procesos de codificación y descodificación en el lenguaje verbal se complementan con movimientos inferenciales: inicialmente el rasgo formal del significante se empareja con rasgos semánticos del primer estrato, esos rasgos despejan –más libremente- rasgos semánticos del segundo estrato y a través de estos últimos surgen inferencias con respecto a rasgos semánticos del tercer estrato. Mientras que el significado objetual sigue los meandros de los tres estratos, el significado relacional tiene que ver, sobre todo, con el tercero de ellos en cuanto se dibuja sobre la biografía de un determinado individuo.

El pensamiento, como lenguaje interior, tiene privilegios con respecto a su versión puesta en marcha en la conversación, sobre todo dos: el sentido de lo dicho (pensado), la necesaria contextualización de lo dicho para percibir el sentido de lo enunciado, no requiere trabajo alguno; por otra parte la enunciación –que siempre requiera una interpretación por parte del interlocutor (Parret, 24)- es en el pensamiento manifiesto para el pensante. **El pensamiento es una conversación con un interlocutor que conoce a fondo mi contexto y que sabe o no sabe –igual que yo- lo que quiero decir.** El pensamiento aglutina (Vigotsky, 25) el lenguaje en palabras preñadas de sentido que, de este modo, se tornan en poderosos apócope. En la palabra y en el pensamiento, todo signo verbal es de alguna forma un apócope: cada signo se rodea de casillas vacías que funcionan como bomba de aspiración para otros signos con los que formar un enunciado. Extendiendo la idea, postulamos que es de igual manera –tal vez en tanto aperturas posibles a otros signos- como los signos están presentes en la memoria enciclopédica. Hablar es hablarle al otro con intención de herramienta, es decir: para intentar que el otro conozca la parcela querida de mi pensamiento, lo cual implica que a través de lo dicho el otro infiera (Sperber y Wilson, 15). Visto así, el pensamiento se complica: cuando reflexiono los signos se convierten en herramientas que buscan, también y esta vez para mí, transmitirme lo que “pienso” aunque no sepa exactamente qué es; a veces la ignorancia es estruendosa y las más vaga y sinuosa. Pero

en cualquier caso el lenguaje interior –como pensamiento- lo cubre todo, al menos el todo de la consciencia, también es así para la sensación o el anhelo; como escribe Bajtin (26), “incluso cuando surge en nosotros una sensación puramente fisiológica –por ejemplo la sensación de hambre o de sed- para ‘sentir’ esta sensación, para volverla consciente, debemos necesariamente expresarla de algún modo dentro de nosotros, incorporarla al material del lenguaje interior (p.233)”.

Hay seguramente codificaciones otras que las del lenguaje, pero de ellas no sabemos sino a través del lenguaje y de las posibilidades que abre. Es el caso de las codificaciones perceptivas que van a funcionar como referentes al ser asumidas en el plano del contenido.

El sonido, el grafo, el dibujo, el gesto que no me afectan no son significantes salvo que una reinterpretación haga de ellos tales significantes. Y si son significantes me afectan al comprenderlos de manera inmediata e imposible de evitar.

Pero, ¿y algo que no es un significante puede afectarme?, y si lo hace –como creemos que es evidente-, ¿cómo lo logra en la ausencia de significado objetal?. Tomemos un dolor, un anhelo, una sensación, ¿cómo “lo sensible” es hecho signo?, o más bien –preguntaremos- ¿cómo son cubiertos por el significado?. Si tengo una sensación, no puede desencadenarse a través de la intensión ninguna inferencia desde la memoria ya que precisamente la “puerta de entrada” es la intensión ligada formalmente al significante. Aquí nos queda el camino inverso, habríamos de introducirnos en la memoria perceptiva a través de la codificación de la sensación (que sería quien la transforma en percepción). De este modo –y de manera más difuminada que por el primer camino significativo- enlazaríamos con una intensión y a través de ella con el significante y el signo, procediéndose después de manera inversa.

Siguiendo a autores como Sellars (27), García Carpintero (28, p.63) insiste en la importancia de lo conceptual en el dominio de la percepción: “‘s ve o’ es una forma elíptica de ‘s ve que o es p’” en un terreno donde ya la percepción es siempre cognoscitiva”. Eco (10) en un dominio similar nos dice que percibir un gato es situar la intencionalidad en un objeto, unidad cultural, marcado por un código –en este caso- zoológico. Además estamos sosteniendo aquí que –en cada paso- a ‘s ve que o es p’ hay que añadirle “y le afecta”... ¿y cómo lo hace?: a través del significado relacional.

Al ya ilustre dibujo de Wittgenstein (29) le lanzo una mirada de “pato” o de “conejo” y me “aparece” como tal, al gato le lanzo una mirada, mirada de “gato”, es decir: lo captado, el gato, viene organizado en la misma apercepción en forma de lo que después va a ser denominado “gato”... pero ya en la captación es “algo gato”... me “aparece” (no me “parece”) como gato. Es como si hubiese aprendido, por ostensión, no sólo a llamarle “gato”, sino a mirarlo como tal, de una determinada manera; es, también, como si por determinaciones neurofisiológicas / neuroanatómicas apareciesen originalmente una serie de posibilidades (generación de diversidad) siendo seleccionada una de entre ellas, la gestalt a la que denominaré “gato”.

Tras el desarrollo-maduración y el aprendizaje de la lengua todo se reelabora, lo senso-perceptivo también; tal cosa sólo puede ser posible porque el lenguaje verbal se adapta, o posee una estructura y organización que precisamente triunfó en la selección natural por poder asumir a sus previos (en este caso la sensorialidad). “Un signo –escribe Eco,

10, p.174- nunca representa a un objeto o referente. Puede utilizarse correctamente en un acto de referencia, sólo si el código le asigna el mismo interpretante que asigna a ciertos objetos asumidos como signos ostensibles”. Evidentemente tal cosa significa una particular codificación (en el ejemplo “gato”, zoológica). Más precisamente, pensamos, que al ver/mirar al animal paseante (“esto que veo es un gato”) comparo una codificación perceptiva con una codificación lingüística de la clase (“designatum”) “gato”. O, más bien, acudo a una misma codificación perceptiva (gato) para la susodicha percepción y para el plano del contenido (significado objetal) del signo “gato”. De cierta manera habría una regla o intensión particular en lo percibido que abriría la puerta a “gato”, en este caso se trataría de una llave particular, como la de una mano que se aplica a una superficie hueca coincidente que sería el negativo de esa mano; el percepto sería un elemento capaz de entrar –corresponder- con la clase (en la que ciertamente cabrían otros elementos).

Ahora bien: respetando los previos de la sensación-percepción, lo hemos señalado, el lenguaje aún reorganizado asume esa codificación perceptiva porque en cierto modo la comparte en su plano del contenido donde también pesa lo cultural / social.

El camino inverso nos llevaría del precepto codificado, a través de la intensión, al significante. De este modo habríamos de imaginar la memoria enciclopédica como unidades significantes con contenidos sincronizados.

Para Peirce (16) el hábito evita una locura de desplazamientos de interpretante en interpretante en un diccionario donde las palabras se envían unas a otras. Codificaciones, como la perceptiva, tendrían también la función de evitar ese baile sin fin. Desde la patología podríamos realizar un paralelo con el tema: los trastornos agnósicos hundirían sus raíces en el primer paso que hemos descrito (codificación perceptiva) y los trastornos afásicos se asentarían –sobre todo- en el segundo movimiento que nos lleva, por el camino contrario, de la intensión al significante.

En cualquier caso este planteamiento no nos habla de la relación del “mundo real” con lo percibido, esa es otra cuestión.

¿Y dónde quedaría el sentimiento (tal como lo entendemos aquí) en la sensación-percepción?: consideramos, como lo hemos hecho, que el sentimiento se corresponde con el significado relacional (en cómo el significado objetal afecta al sujeto), la percepción y la sensibilidad en general una vez integrada en el signo presenta un significado relacional (sentimiento), pero además es implícito a ellas una inicial y constituyente afectación precisamente en su surgimiento.

6. SOBRE MEMORIAS

Por definición la memoria episódica introduce al rememorador, al sujeto, en los juegos del recuerdo. No puede sorprendernos que tal memoria sea especialmente sensible –

como también lo es el enunciado- al contexto. También resulta familiar su enlace con el sentimiento: “la esencia de la recuperación episódica está en el sentimiento subjetivo de que, en la experiencia que se revive en el momento presente, uno está re-experimentando algo que sucedió en nuestra vida (Ruiz-Vargas 30, p.94)”. Todo parece decir (Tulving, 31) que la memoria episódica y la semántica constituyen cualidades distintas si hemos de aceptar la existencia de los estados de disociación entre ambas. La memoria semántica según el último autor “es la memoria necesaria para el uso del lenguaje. Es un tesoro mental...(p.385)”. La introducción en la filogénesis de la memoria episódica ha de haber contado con poderosas razones que desde nuestra perspectiva tiene que ver con el aumento del peso específico del sujeto, es decir: de lo relacional entre el sujeto y la referencia. La distorsión de lo rememorado, los recuerdos de hechos que no se dieron y los recuerdos supuestamente propios en los que uno se ve fuera de sí, los olvidos significativos, todo apunta hacia las complejas interacciones en las que el peso de lo relacional –es decir, del sentimiento- es de primer rango. Evidentemente una cosa es que rememore cómo aprendí tal o cual palabra o conocimiento, o tal acontecimiento del pasado, y otra es cómo me afectó en ese momento y cómo me afecta ahora, pero siempre en algo, así sea aparentemente nimio, me afecta y me afectó.

Eco (32, p.133) sostiene la importancia para la teoría del signo del concepto de enciclopedia abierta con respecto al de diccionario cerrado sobre sí mismo. La enciclopedia habría de entenderse como un “conjunto registrado de todas las interpretaciones, concebible objetivamente como la biblioteca de las bibliotecas, donde una biblioteca es también un archivo de toda la información no verbal registrada...”. No es imposible, pensamos, que el plano del contenido objetual en el signo posea un núcleo duro que se orientara más hacia la definición del diccionario pero sin el “esencialismo” del “H₂O” / agua (Putnam, 33). Pudiéramos en este sentido imaginar una mayor apertura de ese “núcleo duro” como en el modelo de los “parecidos de familia” (Wittgenstein, 29). En cualquier caso el peso de la codificación perceptiva y del hábito han de jugar un papel al menos igualmente preponderante para ese plano del contenido (significado objetual).

Sin embargo un modelo de memoria enciclopédica interviniendo en la descodificación e inferencia del signo como almacén pasivo donde se recogen y depositan materiales no deja de producir cierta impresión mecanicista en su peor sentido. Así parece verlo el propio Eco (32) para quien el modelo de estructuración de la memoria enciclopédica sería el del rizoma donde “todo punto puede ser conectado y debe serlo, con cualquier otro punto, y de hecho en el rizoma no hay puntos o posiciones sino sólo líneas de conexión (p.136)”. La imagen sugiere una movilidad extrema en asociaciones innumerables que deben de poseer propiedades activas sobre sus elementos integrantes.

Pero además se dibuja otro polo de complejidad, meollo de las preocupaciones en este trabajo, que es el de la presencia del sujeto consciente: la memoria, cada elemento no juega en un espacio de dos dimensiones sino de tres. Cada elemento emplazado, o cada línea de conexión en el modelo del rizoma, se enlaza y se relaciona con el sujeto, como sucede con el sentimiento (significado relacional).

Además, más allá de la rememoración consciente habremos de añadir los acontecimientos no conscientes que me afectan, ¿y cómo podrían hacerlo?. El “tesoro” del que nos habla Tulving (31) es tanto relacional (“la activación de cualquier elemento de las redes –

escribe Ruiz-Vargas, 30, p.85- activa automáticamente otras memorias relacionadas”) como composicional (al generar recuerdos de la totalidad de un acontecimiento o hecho como de cualquiera de sus partes). En el fondo son tales características estructurales quienes justifican la bondad de la asociación verbal (y mímica) en la psicoterapia. ¿Y cómo o por qué determinados recuerdos que por su “peso” habrían de ser tales no lo son?. Más allá de fenómenos como la vigilia y la atención, las razones deben de tener que ver con el modo de elaboración mental (que es otra forma de llamar a la elaboración por el lenguaje), y es ahí donde entran los juegos de oposiciones y la elaboración por el símbolo de la que trataremos más adelante.

¿Lo almacenado que no puede hacerse consciente me afecta?: ¡claro que me afecta!, y precisamente porque como elemento del sistema de la memoria está ahí, continúa interviniendo en las inferencias y asociaciones sin yo saberlo.

7. LENGUAJE, MUNDO REAL Y TAUTOLOGIA

Nos situaremos en una posición híbrida con respecto a la intencionalidad y a la referencia; siguiendo a McDowell comentado por Barberousse (34, pp.167-168), “la experiencia no sabría ser concebida como siendo una pura pasividad: lo que sería desconocer gravemente la autonomía de la esfera conceptual. Por otra parte, la espontaneidad del entendimiento no sabría actuar sin oposición ni frotamiento: el pensamiento giraría entonces en el vacío, sin tener en cuenta el contacto con el mundo exterior”. Desde ésta o una próxima posición, la referencia se sostiene conceptualmente en las descripciones (Russel, 12) ya que el mundo es co-construido. Pero como hemos escrito, de igual modo la referencia responde a aprendizajes ostensivos (codificados perceptivamente) y al hábito en el sentido de Peirce(16) ya que el sujeto también es co-construido.

Un peligro de mayor rango en la teoría de las descripciones es que, vía concepto, nos separa del mundo real en un viaje cartesiano e internalista (Ludwig, 35): la tautología de un lenguaje que sólo habla de sí mismo. En parte es así, pero es así en lo que toca al mundo real como mundo construido (mundo posible actual). Pero hay un mundo real más allá del mundo construido, el propiamente “real” o “mundo masivo” ignorado directamente pero conocido (inferido) a través de su “acoplamiento estructural” (Maturana y Varela, 36) con el mundo real construido (mundo posible actual).

La otra vertiente de lo híbrido posee ella misma dos acercamientos. En la ostensión, presentada por Kripke (13) como engarce de la referencia con el mundo real, nos encontramos también una mezcla: “esto es un perro” se nos dice y señala, ¿qué podemos saber de ello en caso de no poseer concepto alguno del animal?. Puede ser que la ostensión deje un lugar vacío para llenarlo a posteriori, pero en cualquier caso sólo entonces la ostensión será completa. Esa ostensión está fuera de mí (aún cuando alguien

pueda recordar que la captación de la ostensión es asunto interno) tanto por el gesto ostensivo como por la cosa señalada. El condicionamiento (o en versión más débil, el hábito) es también un modo de intervención del mundo real en el psiquismo, pero ¿es así de simple?. Salgo de casa todas las mañanas, voy hacia la izquierda, y después nuevamente hacia la izquierda, sin pensar, ni más adelante recordar cómo he llegado al final de mi ruta. ¿Hay conceptos en ese hábito?: todos, los planes y las metas al salir, el cálculo de distancias, las preferencias, el evitar tal o cual portal, etc, etc... y finalmente: el hábito. ¿Carácter híbrido?: también presente.

¿Realmente los mundos paralelos de Putnam (33) pueden conducirnos al “mundo masivo” que hemos mencionado?, o más bien, ¿no nos hacen establecer algunas distinciones entre el mundo “real” –que hemos calificado de construido- y el resto de procesos y contenidos psíquicos?.

El mundo real construido nos evoca a Merleau-Ponty (8) para el que preguntarse sobre si es real lo que percibo no tiene sentido puesto que eso precisamente es lo real. Pero entonces, ¿la alucinación?, ¿el error?, ¿cómo salir del relativismo extremo?, porque por otra parte, si me tropiezo y caigo del quinto piso, me mato... (y en adecuadas depresiones si la dosis de antidepressivo y su tiempo de administración son oportunos, el paciente mejora...). No es por azar que el propio Merleau-Ponty (8) hunda sus reflexiones concluyentes en el cuerpo.

Las soluciones a tales problemas son complicadas, contrarias y repetidas a lo largo de la historia de las ideas: declarar tales dificultades un sin sentido, tomar una posición extrema entre ambos polos (idealismo / realismo), pasar de largo... En este trabajo nos dejaremos llevar –en parte- por los estudios de Maturana y Varela (36). Decimos en parte porque, por ejemplo, mantenemos el interés de la representación, del signo, del símbolo, del plano del contenido, etc; todo en una posición como puede ser la de Ayer (11) con respecto a los *sensa-data* cuando escribe: “Mi opinión al respecto es que, si bien no es necesario recurrir a nada del orden de los *sensa-data* para describir los hechos, la introducción de un término que cumple esta función es legítima y ventajosa. Hace más fácil la tarea de mostrar cómo la unión del mundo físico del sentido común opera al modo de una teoría con respecto a nuestras experiencias sensoriales (p.84)”. **La propuesta que seguimos podría resumirse del modo siguiente: construyo (en realidad, “es construido”) el mundo posible actual o “mundo real construido”, mío y de los otros en cuanto se solapa con mi mundo real construido, y él me construye a mí. Después está el “mundo masivo”, denso, al que no tengo acceso directo, lo alejo un poco más y lo dejo en coincidencia (“acoplamiento estructural”) con el mundo posible actual; coincidencia expresada en la oportunidad y eficacia.** Seguramente soy como el piloto del submarino (Maturana y Varela, 36) que ignora que al controlar los mandos de la nave ejerce complicadas maniobras en la costa... pero las ejerce, y no choca contra los arrecifes, y sale a la superficie, y se sumerge.

Según Varela, Thompson y Rosch (37) hemos de tomar, incluso en plena biología, al gen como a aquel elemento “que especifica aquello que en el medio ambiente se debe fijar para que algo opere como gen” (p.232). Desde esta orientación coevolutiva (medio, otros individuos, ser humano) podríamos decir que el signo, e incluso la proposición, especifica aquello que en el medio ambiente se debe fijar para que algo opere como

signo. En este sentido sería pertinente concluir que el signo y su referencia en el mundo (“la cosa”) no pueden sino coincidir porque han nacido juntos –añadiremos: en relación a mí.

Desde el punto de vista de la autoorganización y de la autopoiesis (Maturana y Varela, 36) las influencias del mundo sobre mí son “perturbaciones”. Ahora bien, según mis “antenitas” me veo influenciado por uno u otro tipo de perturbaciones que – independientemente de cómo son- las capto según mi propia organización estructural. ¿Entre la perturbación A y su captación (efecto X) se da algún tipo de isomorfismo?, ¿si no lo hay podría haber captación?. **El agua del estanque refleja la imagen de Narciso y también las de las ramas y hierbas que le rodean, ¿hay algún misterio en ello?. Si tiro una piedra, su forma y tamaño marcarán las ondulaciones del agua donde caen. Criticar la noción de mente como espejo de la naturaleza (Rorty, 38) va también en la línea de situar al ser humano (y en él a la mente, y en ella al lenguaje) y a la sociedad como autoorganizaciones que deben regirse según sus propios atributos estructurales; ello no obsta a que la imagen reflejada o los desplazamientos ondulares no sean aleatorios sino fruto directo de las “perturbaciones” que regularmente producidas generarán también regulares productos.**

En el fondo volvemos a lo mismo: el problema no es la intencionalidad sino la consciencia (Stawson, 2), el meollo no está en cómo es capaz la mente, el lenguaje, de “referenciar” la cosa, el mundo, sino “cómo lo hace tal y como lo hace” en torno a un sujeto que está presente en cada acto de “conocer” (así sea “prerreflexivo”) precisamente sintiendo(se) en relación a lo sentido. Y tal menester no nos lleva necesariamente a la ingenua (¿necesariamente ingenua?) posición de la mente como espejo, o como teatro interno. Tal vez mi psiquismo no “representa” al mundo real (con lo cual cabría la duda de la existencia de este último) pero, situándonos nosotros en una posición materialista, pensamos que la representación es la fórmula más oportuna que se ofrece al ser humano para captar ese medio “real”. Decimos que es oportuna o útil, no porque el ser humano esté arrojado en el solipsismo de la plena relatividad (¡todo lo contrario!), sino porque capta un mundo seleccionado a la vez que “seleccionante”. El mundo real es lo que captan mis “antenitas”, pero ellas han sido seleccionadas –de la inicial generación de diversidad- por ese mundo real. Tal vez una dificultad que nos confunde consiste en denominar del mismo modo (“mundo real”) al seleccionador de mis “antenitas”, de mi psiquismo y soma, y al que capta mi psiquismo (que en el fondo también es seleccionado). Pero si capto un mundo, ¿cómo sé que hay otro?, responderemos rápidamente: porque me equivoco, porque la ciencia se desarrolla (a veces de manera absolutamente contraintuitiva) y porque de vez en cuando se corren cortinas ideológicas y surgen asociaciones que nos inundan...

Ciertamente entre la palabra y el mundo hay una inadecuación fundamental en tanto ambas son sistemas distintos, pero el lenguaje no es una inmensa tautología, es oportunamente apropiado para expresar el mundo. De igual manera el objeto es “estructuralmente”, siempre, inadecuado para el anhelo, pero así debe de ser: salvando la tautología y salvando la identidad confusionante.

8. SOBRE LOS QUALIA Y LOS SIGNIFICADOS RELACIONALES

Supongamos que alguien inmerso en un mundo depresivo se muestra incapaz de tolerar una pérdida altamente significativa para su integridad como sujeto. Ahora bien, si de pronto toma alcohol o alguna otra droga que le resulta euforizante, o en un periodo cierta cantidad de antidepresivos, ¿el sujeto se “completa”?, ¿deja de reconocer la “pérdida de objeto”?, ¿encuentra el “objeto perdido”?, ¿ya no “le importa tal relación”? Tal vez –“cortes epistemológicos” de por medio- todo es un problema de funcionamiento en paralelo, o de sincronía. Al fin y al cabo, no habíamos hablado de ello, el significado relacional se acompaña (en, también, un me “aparece”) por los inevitables “qualia”, los cuales si como quieren los “qualófobos” (Dennet, 39) no existen no es menos cierto que insisten... y ¡cómo!. Esta tardía mención del quale en este trabajo refleja nuestra opinión de que tal fenómeno es en realidad un fenómeno sobreañadido al significado relacional. Pero, y es un pero significativo y pesado, si los qualia se sobreañaden según la prioridad del significado relacional y éste funciona como estímulo absoluto (para que haya quale tiene que darse el significado), por las razones que sean –patológicas o no- ¿podrían liberarse qualia carentes entonces de los significados relacionales de los que normalmente se acompañan?, la pregunta está abierta. Además, 1) la experiencia de mi mismo como totalidad más o menos difusa en la que los objetos forman parte de mi tanto como el propio “sujeto”, y 2) la experiencia más concreta de mi (yo) como sujeto consciente relacionado con los objetos tiene mucho que ver, como lo hemos sugerido Zuazo (40), con las posiciones, anticipaciones y estados de ánimo. En estos últimos planos más generales (estados de ánimo) igualmente parecen establecerse funcionamientos en paralelo con aspectos cualitativos intensos y profundos cuya disociación también –tal vez- es posible.

Podríamos presentar la copresencia o correspondencia del significado relacional y del “quale” de varias maneras:

1. El quale como epifenómeno. El sonido del tic-tac del reloj de mi mesilla es un epifenómeno, efecto secundario que nada incide en el sistema que mide lo hemos convenido en llamar tiempo. ¿El quale es un epifenómeno como el tic-tac del reloj?. Ciertamente no, el cualitativo sentir cumple una función psicológica de importante rango, directamente; de hecho parece a veces que intentamos evitar el quale displacentero con más vigor que el significado relacional con quien se encuentra unido.
2. El quale como “carga afectiva” de unos significados referenciales, con libertad de movimiento, formando un segundo plano con respecto al de los significados, y conectándose o no haciéndolo según los movimientos “psicodinámicos” correspondientes. Esto significaría la existencia de qualia ciegos en su significación que la colmarían aleatoriamente según su posición con respecto al primer plano descrito. Se necesitaría en este caso una especie de reservorio de qualia de donde se tomarían unos u otros según aconteceres significativos, pudiéndose elegir o rechazar. Además esos qualia habrían de carecer en su origen totalmente de cualidades específicas (incluso en cuanto a tipos).

3. Nos inclinaremos más hacia una tercera manera de entender los qualia como pareja sincrónica de los significados relacionales, fruto de un funcionamiento estructural en paralelo. El emparejamiento sería fijo según tipos: a tal tipo de significado relacional le correspondería tal tipo de quale. ¿Por qué tipo y no elemento?, una característica fundamental del significado relacional es su origen y dependencia de la posición (y disposición en último caso) del sujeto (recordamos que el significado relacional es precisamente fruto de la relación del sujeto con el significado objetal referencial); más allá de las casi infinitas posibles variaciones de la afectación del sujeto por los significados objetales, se constituirían grandes grumos de significados relacionales y de qualia-“fijos”, biunívocos en ese sentido (que se corresponden grosso modo con algunas clasificaciones de lo afectivo en su sentido emocional).

Que el significado relacional y el quale aparezcan en una aparente simultaneidad no despeja la duda sobre sus orígenes, así podríamos hacernos dos preguntas:

1. - ¿El quale es efecto de un estímulo que sería precisamente el significado relacional?.
2. - ¿Quale y significado relacional nacen juntos del efecto instantáneo sobre el sujeto del significado objetal?.

Nos parece difícil elegir con rigor una de las dos líneas propuestas que de hecho parecen se excluyen mutuamente. Si tomamos por ejemplo el caso de algunos depresivos, nos encontramos a veces con unos que nos dicen: “No hay ningún motivo para que me encuentre así, de hecho las cosas me van mejor que nunca, he pasado dos depresiones y entonces sí tenía problemas” (llamémosle “depresivo egodistónico”). En otros casos la queja depresiva se enmarca en comentarios del género: “Lo veo todo mal, no tengo más que problemas...” (llamémosle, esta vez, “depresivo egosintónico”). Pareciera que el “quale depresivo” y el discurso se juntan y separan según los casos como si el significado depresivo llamase al quale, y el quale depresivo pudiera también llamar al significado. Si pienso en tal acontecer que temo, ¿podría darse un temor que surja a la búsqueda de un personaje (objeto) que justifique tal temor?, ¿son por ejemplo los efectos de la suspicacia anfetamínica un caso de ese tipo?. ¿Tales disociaciones habrían de ser paralelas a un “origen psicodinámico” y uno “neuronal o neurofisiológico”? ¿No estaríamos de nuevo en una bicefalización de la cognición y del sentimiento que es precisamente lo que pretende evitar el significado relacional formando pareja con el significado objetal o referencial?. Pensamos, sin embargo, que una posible disociación del quale y del significado relacional no supone ninguna objeción de peso para un punto de vista como el que sostenemos: ni significante ni significado dejan tampoco de poderse y deberse entender como las dos caras de una moneda, aún a pesar de la existencia de ciertas afasias que los disocian.

Visto de este modo el quale, en tanto sensación de índole cualitativa, constituiría un acontecer sincrónico con el significado relacional en un emparejamiento de ambos según tipos que tendría un carácter de reforzamiento del peso de las significaciones. Además, en su origen, los qualia se enlazan con las emociones primitivas que tras la aparición del lenguaje verbal se orientan hacia las emociones propiamente dichas. Tal

vez muchas de las confusiones desaparecerían si diferenciáramos adecuadamente la emoción y el sentimiento.

9. SÍMBOLOS Y SIGNOS

“David” tiene un temor desmesurado a los perros que le lleva a complicar sus paseos y desplazamientos para evitar cruzarse con uno de ellos. Nuestro hombre es consciente de la exageración –e incluso, dice, de la “magia”- de sus temores. La situación –con respecto a los perros- en la que se desenvuelve “David” es como la de alguien que trata a las palomas, especialmente si son blancas, con respeto y cierta admiración mezclada de nostalgia, en resumen como si se tratasen de la idea de paz para él. Para esta última persona la paloma no simboliza conscientemente la paz, al menos en la primera captación; se puede sorprender incluso de tal reacción plácida ante la visión y contacto con esas aves que quizá juzgue –en un segundo momento tras la inicial captación- como inapropiada o desproporcionada. El tema es que el perro para “David” o la paloma en el segundo caso “aparecen” dotados de significados complejos inmediatos, son “así”.

“David” ve a un perro o anticipa la relación con ese animal, o escucha la palabra “perro”, y por cualquiera de las vías siente temor a ser mordido o desgarrado. Aunque una vez repuesto, instantes después, sea capaz de minimizar tales peligros. Llegando en las reflexiones a este punto cabrían dos posibilidades: 1) o bien en la memoria enciclopédica la entrada intensional “perro” cuenta con una doble definición o una sincronía entre la acepción común de “perro” y una segunda que lo convierte en animal peligroso por sus dientes, sus mordiscos y su agresividad (sin embargo lo descrito no sería el caso puesto que reflexivamente en el segundo momento hemos descrito que “David” es capaz de diferenciar sus temores exagerados); 2) o bien el significante (perro) cuenta en el plano del contenido con dos grupos de contenidos distintos. Como señalaremos tal no podría ser el caso si estuviésemos ante un signo (incluso homónimo), el “perro” de “David” es un símbolo, pero un símbolo particular como la “paloma” citada más arriba: ¿y qué tiene de particular tal símbolo?.

Hemos mencionado dos modalidades de la elaboración por medio del lenguaje verbal: 1) que desde el significante, a través de la intensión, surja el contenido enciclopédico, 2) que desde la sensación se perciba por la contextualización de esta última (codificación perceptiva), y se nombre después lo percibido. Añadiremos ahora una tercera vía que tiene como fuente no la vertiente del contenido o significado objetual sino directamente el significado relacional: es el caso del anhelo, no como disposición sino como actualización. Tal anhelo implica un objeto intencional consumatorio. De igual forma en que todo objeto – en cuanto al contenido- viene, a la vez y ya denotativamente, marcado

por mi relación con él, todo anhelo (es decir: mi relación con un “algo”) está preñado de objeto.

Aún más que en la percepción, el anhelo es afectación surgiendo esta vez desde dentro, es contenido relacional dominante que sólo es consciente en tanto que es cubierto y elaborado por el lenguaje verbal.

Si la sensación se hace percepción (humana) por su entrada en el signo, en el lenguaje, el anhelo –también- se transforma en franco deseo por intermedio de su incorporación al signo.

El anhelo para “entrar” en el almacén de la memoria enciclopédica cuenta inicialmente con dos vías: 1) a través del objeto del anhelo, insertándose por la acción sugerida, por el verbo del anhelo, en una ligazón de ambos (objeto y movimiento) que es posible a través de las casillas vacías que ambos generan y hacen ocupar al otro. El anhelo es entonces pensado, hablado, consciente en suma. Pero, ¿y los anhelos no conscientes?, ¿y los objetos ignorados?, ¿y los sentimientos o, en su caso, las emociones que se confunden o se muestran desproporcionadas con respecto a sus objetos?.

La actualización de un anhelo responde a una propiedad disposicional que por definición (Strawson, 2) ha de ser consecuencia de propiedades fundamentales categoriales; desde el modelo que seguimos (Zuazo, 40), la búsqueda de la distancia oportuna –en sentido general- entre el sujeto y sus objetos (sexuados y generacionales) es el sustrato de tales propiedades categoriales.

Las reglas del lenguaje nos “llevan”, la búsqueda de la distancia oportuna (los equilibrios en las distancias: relacionarse y no ser anulado, distanciarse sin ser abrumado en la soledad) nos “lleva” también. Tales dinámicas exigen situaciones en las que los opuestos con mayor menor fuerza se hallen –simultáneamente- presentes en la actualización. Los opuestos (contrarios o contradictorios) pueden tocar con mayor pregnancia sea el verbo (lo definitorio del anhelo) sea el objeto.

La balanza de la justicia o la paloma de la paz no son las figuras-fondo reversibles alternativamente –según nuestro modo de captación- como la figura que se hace florero o mujer, tampoco son como en la homonimia contenido elegido según el contexto. La balanza es balanza y es justicia por intermedio, seguramente, de lo pesado y sopesado..., la balanza es símbolo porque cuenta con dos significados distintos. Precisamente eso es lo propio de la elaboración por el símbolo, el poder hacer tal cosa manteniéndonos en la lengua.

Salgo y entro, o más bien quiero salir y quiero entrar (y no puedo elaborarlo “subiendo de nivel” englobando ambas vertientes en un “moverme”), no es que alternativamente me incline en una u otra dirección sino que ambos anhelos son simultáneos: ¿cómo pensarlo?. La respuesta a esta última pregunta es negocio del símbolo, por ejemplo, en forma de un encadenado Jano que mira con cada una de sus caras a derecha y a izquierda, o como “las lágrimas de cocodrilo”, o como el amante maltratador apostado seductor con un ramo de flores en la mano. Pero en todos estos casos hay una atmósfera: la de los

símbolos conscientes, a veces francamente evidentes y otras más insinuados.

Cuando los anhelos, sus verbos, sus objetos, no son contrarios sino contradictorios, la elaboración se complica con frecuencia muy seriamente: entonces mi anhelo no busca lo blanco y lo negro, sino lo blanco y lo no-blanco (Jakobson, 41), o se lanza a la imposible coexistencia de un “quiero y no quiero salir” (no como el anterior, “quiero salir y quiero entrar”). Elaborar mediante el signo (manteniendo la consciencia de tales anhelos) será un imposible. Con la elaboración mediante el símbolo habrá un costo: ciertos aspectos permanecerán en la no consciencia.

El temor fóbico a las arañas (o a películas y relatos de mujeres-vampiro) en “M M” hace de la araña un objeto doble: madre absorbente, pegajosa y succionante, y a la vez araña, los atributos son adosados a la araña (que ya los poseía en menor grado), y la madre desaparece del plano del contenido de ese símbolo (“araña”).

En el símbolo que elabora los contrarios, o en el símbolo que se comporta como metáfora, hay un “como si”, una especie de licencia poética que nos hace lanzar un guiño: sabemos que la balanza no es la justicia en su plenitud, que incluso tampoco es completamente balanza.

La balanza no significa justicia, la simboliza y decimos que así lo hace porque en parte es balanza y en parte es justicia. Si la paloma o la balanza dejan de serlo, o son tan sólo eso, dejan de ser símbolos para ser signos. Para el propio individuo sólo hay símbolo si hay consciencia de esa doble entrada, en otro caso para él se trata de un signo: en el ejemplo propuesto más arriba, para la persona citada la paloma es un signo, “emotivo”, particular, pero signo (le “aparece” como tal). Sin embargo, desde la perspectiva del observador (que puede ser el propio individuo en un segundo momento) se trata de un símbolo porque suma en su contenido propio (“paloma”) un segundo correspondiente a otro significante (“paz”).

Tales menesteres en torno al símbolo se cumplen aún en el caso del condicionamiento watsoniano, el niño que se hizo temeroso de modo exagerado e inadecuado ante los “peluches” ve añadir en el contenido de tal signo uno nuevo desestabilizador como signo a temer.

En particular, desde la orientación que seguimos en estas líneas, van a interesarnos aquellos símbolos que presentan en el plano del contenido significados opuestos. Si tomamos una palabra habitualmente “cargada” en el plano del contenido como “serpiente” diremos:

1. La serpiente posee una referencia, el reptil definido y conocido como tal,
2. representa, por ejemplo, el pene, y
3. puede también representar no sólo el pene sino también la vagina (en su forma circular o ourobórica).

NOTA SOBRE EL SIMBOLO:

A partir del 2004, y en los trabajos posteriores, distinguiremos en la elaboración del símbolo:

- Sb: como símbolo habitual o simple pareja del signo. Asume en su contenido varios significados.
- Sb1: como modo de elaboración de los opuestos contrarios. El símbolo suma contrarios en su contenido.
- Sb2: como modo de elaboración de los opuestos contradictorios.
- Sb3: como modo de elaboración de los opuestos contradictorios “absolutos” (caso posible de las esquizofrenias, las melancolías y las manías).

Ello nos daría que según la segunda y la tercera de las posibilidades se nos presentarían dos símbolos, a los que hemos denominado SbO y Sb1 sucesivamente (Zuazo,42). Pero una vez más nos preguntamos por la especificidad no tanto de la suma de opuestos en ciertos símbolos (Sb1) sino por su captación inmediata como signo por el sujeto. Las asociaciones y el trabajo psicoterapéutico nos llevan con “David” por el camino asociativo de los perros, a ciertas actitudes y anatomía de ellos, y a su padre. El perro de “David” es un símbolo que representa no solo tal animal sino también un significado relacional que no le corresponde (aunque sin embargo es congruente con la exageración de las aptitudes y actitudes del perro en su mordedura). Estamos a la vez ante un símbolo para el observador y ante un signo inmediato para “David” (ya en el nivel denotativo le “aparece” como peligrosísimo animal). ¿Y dónde están los opuestos?. El perro de “David” ve sumar los contradictorios en otra parte: “David”, como sujeto, anhela al padre como objeto y a la vez –por ciertas y poderosas razones- no anhela ese objeto: tal objeto capaz de sumar empujes contradictorios es impensable, y “David”, como sujeto, no es consciente (no hay palabras para pensarlo). Lo que proponemos es que en ese momento surge de modo automático como forma de elaboración mental una forma particular a la que llamaremos por comodidad “símbolo Sb2” que aúna tales anhelos contradictorios con respecto a un solo objeto intencional contradictorio. Se trata de un paso inestable que prontamente se disocia depositando su parte negativa con lo primero “que pasa por ahí”, asociándolo según algunos rasgos preponderantes con un segundo objeto (en este caso el “objeto fóbico perro”), según el modo del caballo en el pequeño Hans (Freud, 43). De esta forma el “perro” de “David” suma como símbolo en su contenido el significado objetal y relacional correspondiente a esa entrada enciclopédica y además el significado objetal y relacional correspondiente a la peligrosidad del padre que como totalidad otra está ausente en ese signo.

10. SOBRE DISFUNCIONES Y PATOLOGÍAS

El otro (humano), “Juan”, “María”, son también signos, o símbolos... nombres propios con significado objetal y significado relacional, si el primero tiene que ver con la referencia, el segundo con su relación conmigo. Pero aquí se presenta una complicación, una originalidad,

un simetría particular: mi relación con “Juan” (contenido relacional) es redundante, se dibuja doblemente, ya que como elemento de una de mis clases objetales constituyentes (es decir, como objeto que integra conmigo –en tanto sujeto- el sistema de relaciones objetales) también está presente. De este modo “Juan” como referencia (contenido objetal) se relaciona conmigo, en un “conmigo” donde también él está presente como parte de “mi-mismo” (suma estructural del sujeto y de sus objetos). El peso de esa redundancia dependerá del peso en la significación de “Juan” como paralelo o representante de una de mis clases objetales fundamentales; en este sentido podrá ofrecerse una gradación de la similitud y, por tanto, de la importancia.

Tal vez el psicópata o sociópata no es quien no percibe las emociones o los sentimientos del otro sino quien ve nacer otras significaciones. “Pocos Juanes” en mis clases objetales, ellas mismas empobrecidas, se reflejarán en la pobreza y lasitud de los significados relacionales.

Parece suponerse que cuando “empatizo” con el otro sintonizo emocionalmente con los sentimientos de ese otro, sintonización que hace míos sus sentimientos: sufro con él, me asusto con él, me alegro con él. Todo en una comunicación que sería “emocional”, primaria y en la que poco tendrían que decir la significación y el sentido. No lo creemos así.

Desde el punto de vista de Rogers (44) que compartimos la empatía tiene que ver con la aprehensión del otro en los aspectos tanto cognitivos como emocionales. El autor define la empatía (p.106) como la “capacidad de sumergirse en el mundo subjetivo del otro y de participar en su experiencia en toda la medida en que la comunicación verbal y no verbal lo permite...”. Además –y se insiste en ello- por la empatía me pongo en el lugar del otro saliendo de mí pura subjetividad. Ya Scheler (45), quien denominaba simpatía a lo que presentamos como empatía, la distinguía de todo lo que fuese contagio fusional (o simpatía en Rogers (44)) donde se menoscaba o se pierde la “conciencia y el sentimiento del yo” (p.67). En la empatía pues, no se trataría de compartir un mismo sentimiento o de preocuparse de un objeto o acontecimiento, sino de preocuparse por el otro (lo cual significa a menudo “sentir” que el otro siente con A lo que yo sentiría con B). La empatía presupone cierta con-pasión del individuo afectado.

Además –nos parece fundamental- el acercamiento empático requiere según Scheler (45, p.17) “algún conocimiento de los estados del otro”: no sería por la empatía como “adquiero el conocimientos de los sufrimientos del otro, sino que este conocimiento debe ya existir para mí bajo una u otra forma, para que pueda compartirlo.

La sintonía empática exige el lenguaje verbal y consiste en situarse con respecto al sentimiento del otro a través del propio sentimiento; tales menesteres exigen adscribirle un significado relacional (sentimiento) y un significado objetal. Recordamos no obstante la posibilidad de un malentendido: no hay que confundir lo racional con lo ligado al lenguaje verbal, la palabra puede ser y es racional o irracional. Por ejemplo, en la “sensación-sentida” ven Greenberg y Paivio (46) un sentir más de lo que se comprende, según nuestra aproximación más bien habría un sentir desproporcionado (en lo cuantitativo) o incongruente (en lo cualitativo) apreciado desde el punto de vista del observador o –en

ocasiones y a posteriori- desde el mi mismo como observador. Tales incongruencias o desproporciones tendrían que ver precisamente con la elaboración de los opuestos / conflictos mediante el símbolo (con sus consecuencias sobre la “irracionalidad” o la no consciencia).

Cabe también sin embargo señalar la posibilidad de trastornos, girando en torno a la anomalía, en el sentido más profundo o deficitario de lo que podríamos denominar “agnosias empáticas”. En cualquier caso la empatía (aunque desde el punto de vista que sostenemos en este trabajo estaría más cerca de la percepción que de la escucha del signo a través del significante) está “cargada de signo”.

De igual forma que en el caso de la percepción su entrada al signo se produce no mediante la intensión formal del significante sino atravesando el contenido referencial, de manera lateral, y llegando así al signo y la significación. En este caso no se dan sintonías afectivas ciegas sino interpretaciones dotadas de significación y de sentido (por tanto con significado objetual y relacional). Quien tiene dificultades para “empatizar” o “ponerse en la posición del otro” no muestra una alteración emocional, sino particularidades o francos trastornos en la captación e interpretación del otro.

Por otra parte, el movimiento de elaboración del símbolo confunde y enreda, queremos decir con ello que reparte significados relacionales en un juego que cargando sentimientos significativos en un lugar (signo) deja –a veces- aridez (en el sentido de poca afectación) en el otro (como puede ser el caso del “aislamiento” obsesivo), o simplemente permite “descargar” significaciones de un objeto que así mantiene sus aspectos relacionales positivos (como pareciera que sucede en los “desplazamientos” y las “proyecciones” fóbicas).

La memoria enciclopédica, lo hemos señalado, no es una mera reserva estanca que se limita a almacenar o borrar materiales. Ella se encuentra seguramente organizada modularmente estando íntimamente ligada funcionando en sincronía o paralelo con otras estructuras cerebrales. Recibe impactos diversos y, dadas sus propias definiciones, responde de forma particular a esas perturbaciones. Una importante relación se establece con los estados de ánimo; es el caso de la tonalidad del humor por ejemplo baja en un determinado momento, depresiva en otro, eufórica en el siguiente: ¿asunto psicogenético?, ¿asunto somático?, poco importa la respuesta para nuestros propósitos actuales, aunque pensamos que tal alternativa está mal planteada y –tal vez- en lo profundo carezca de sentido. En cualquier caso, el depresivo parece portar una memoria enciclopédica depresiva, o eufórica el maníaco, ¿qué consecuencias se despejan?. Toda descodificación / inferencia del signo se encontrará en sus aspectos relacionales con un sujeto (en la depresión) desmenuzado, incompleto (en el sentido de carente de una parte constituyente debido a la “falta de objeto que completa”), las relaciones de tal sujeto difícilmente serán –en su significación íntima, y también en las connotaciones- optimistas, ni siquiera realistas.

Tenemos pues que prestar especial atención a que el sentimiento (como significado relacional) expresa mi relación con el contenido objetual...y ese “mi” marcará en buena medida (más allá de asuntos extraordinariamente traumatizantes) el acontecer relacional y por tanto –también- la significación global. En este sentido –y seguramente solo

en este- los estados de ánimo hunden sus raíces en la organización y estructura de ese “mi”.

Lo que vale para los estados de ánimo / humor vale también –según nuestra aproximación- para otro tipo de posiciones –es decir, también anticipaciones- que responden a predisposiciones que hunden sus raíces en el temor (a ser agredido o abandonado), en la desconfianza, o en cualquiera otra atmósfera general que tiña con intensidad... ¿y qué tiñe?: pensamos que precisamente, una vez más, la respuesta nos lleva a la memoria enciclopédica, poliforme, semántica y episódica, sensorceptiva y motora.

Sin llegar al esencialismo, sí hemos aceptado un núcleo duro en el contenido (significado objetal) del signo, también podemos admitir su existencia para el contenido relacional de ese signo. No obstante un espacio más difuso sufre los embates de las variaciones en los interpretantes que habrán de ser puestos en marcha: el “perro”, animal con ciertas características definitorias y con una determinada gestalt perceptiva codificada, en su parcela de “morder”, puede ser próximo –para mí- al que juguetea, o también al animal capaz de producir un desgarró “castrador”... pudiendo darse un margen para vaivenes y variaciones extremadamente amplio. Lo que estamos sugiriendo va más allá (o más acá) de las proposiciones y de los juicios, así sean fácticos, para concernir lo más íntimo del plano del contenido psíquico y de la consciencia.

Si, por ejemplo, una persona se muestra profundamente desanimado, podemos imaginar dos alternativas en el interjuego con la memoria tal como la hemos situado: **1) que “alguien” va extrayendo de esa memoria enciclopédica en cada acceso todo lo negativo y congruente con tal estado de ánimo, 2) que la propia memoria según el estado de ánimo o la cualidad de las anticipaciones se reorganiza sobre el modo “pesimista”, con lo que el material que propone será de ese rango y carácter.** En el desánimo no es únicamente que los recuerdos congruentes con él sean los que afloren, sino que incluso los que originalmente no lo eran parecen modificarse en parte según el mismo desanimado tono. Intentando inclinarnos por una de las alternativas citadas más arriba diremos que no parece posible que toda la memoria enciclopédica varíe según los momentos y períodos de maneras tan extremas y generalizadas. Tampoco resulta plausible imaginar una voluntad, en el grado extremo un homúnculo, eligiendo unos u otros materiales. **Tal vez un esbozo de respuesta nos llevaría a una tercera vía según el modo de un recipiente lleno en sus tres cuartos de capacidad que puede ser visto como faltándole mucho o poco para ser completado. La pregunta entonces sería: ¿a quién concierne el llenado?, y –más concretamente- ¿a “qué” de ese quién?. Proponemos una respuesta: al anhelo del sujeto. Sin que se produzcan grandes variaciones organizativas en la memoria, ni que exista un seleccionador de materiales específico, basta con que varíen las relaciones de fuerzas / significaciones entre el sujeto y sus objetos para que el mundo cambie de color y de luminosidad.**

El caso de la alexitimia (Sifneos, 47) nos enfrenta directamente con una posible naturaleza doble en su origen. Conocemos, en el sentido de poseer consciencia, tal o cual sensación (sea correspondiente a la sensibilidad / sensorialidad o a la parcela “quale” del sentimiento) por que hay una sincronía entre el

plano del contenido –en su parcela de significado relacional- y tal o cual “sentir”. Hemos escrito que en el plano general las dificultades en la empatía tienen sobre todo que ver con la captación e interpretación del otro, ¿pero el modo de presentación de los trastornos alexitímicos no corrobora la ya tratada posibilidad de una disociación significado objetual / quale?. Si el sentimiento en su globalidad contiene una vertiente significativa (el significado relacional en el plano del contenido) y una vertiente –sincrónica- de pura afectación o quale, en esa sincronía podrían presentarse alteraciones, al menos, de tres tipos: 1) aquellas ligadas a los procesos de significación que consecuentemente conllevarán variaciones en paralelo de la afectación; 2) aquellas que se centran en procesos que disocian la sincronía entre el significado relacional y los qualia; 3) dentro de las últimas podrían manifestarse alteraciones con respecto al reconocimiento de la especificidad –es decir, de la sincronía- de los diferentes tipos de qualia. Tal vez las presentadas en tercer lugar tengan que ver –al menos en ciertos casos- con las dificultades “para reconocer y describir sus propios sentimientos y para hacer la distinción entre estados emocionales y sensaciones corporales (Taylor, 48, p.771)” de los individuos alexitímicos (así como para situarse con respecto a los sentimientos del otro). No obstante la introducción del concepto de pensamiento operatorio (Marty, 49) acoplado a la alexitimia deja entrever la complejidad de los procesos, y en el fondo de la sincronía del contenido relacional y del quale: ¿es que dificultades disociativas y de reconocimiento de los qualia generan modificaciones en las significaciones?, ¿es que la prioridad está siempre en las significaciones siendo ellas las que se acompañan de manifestaciones de la afectación?.

11. BIBLIOGRAFÍA

1. Austin J L. Sentido y percepción. Madrid: Tecnos, 1981.
2. Strawson G. La realidad mental. Barcelona: Editorial Prensa Ibérica, 1997.
3. Zuazo J I. El sujeto y sus objetos: enunciación y experiencia, aspectos psicológicos y psicopatológicos. *Anales Psiquiatría* 1997; 13, 1: 31-40.
4. Popper K R. El cuerpo y la mente. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1997.
5. Changeux J P, Connes A. *Matière à pensée*. Paris: Odile Jacob, 2000.
6. Esterson A. *Dialéctica de la locura*. México: Fondo de cultura económica, 1977.
7. Sartre J P. *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
8. Merleau-Ponty M. *Phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard, 1976.
9. Frege G. Sobre sentido y referencia. En *Estudios sobre semántica*. Barcelona: Orbis, 1984.
10. Eco U. *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen, 1977.
11. Ayer A J. *La filosofía del siglo xx*. Barcelona: Grijalbo, 1983.
12. Russell B. *Lógica y conocimiento*. 2ª ed. Madrid: Taurus, 1981.
13. Krypke S. *La logique des noms propres, II conférence*. Paris: Propositions-Minuit, 1982.

14. Morris Ch. Fundamentos de la teoría de los signos. Barcelona: Paidós, 1985.
15. Sperber D, Wilson D. La relevancia. Madrid: Visor Dis, 1995.
16. Peirce Ch S. La ciencia de la semiótica. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
17. Saussure F. Cours de linguistique générale. Paris: Payot, 1976.
18. Hjelmslev L. Prolégomènes à une théorie du langage. Paris: Minuit, 1968.
19. Moya C J. Intencionalidad y significado. En: Chacon P, Rodríguez M. eds. Pensando la mente. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
20. Zuazo J I. Psicosis delirantes y sistema de relaciones objetales (I): Parecer y aparecer. Mundo posible actual y certeza delirante. Anales de Psiquiatría 2001; 17, 3: 100-108.
21. Wittgenstein L. Sobre la certeza. Barcelona, Gedisa, 2000.
22. Husserl E. Investigaciones lógicas 1. 2ª ed. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
23. Ducrot O. El decir y lo dicho. Barcelona: Paidós, 1986.
24. Parret H. Les passions. Essai sur la mise en discours de la subjectivité. Bruxelles: Pierre Mardaga, 1986.
25. Vygotsky LS. Pensamiento y lenguaje. Buenos Aires: Fausto, 1993.
26. Bajtin M M. ¿Qué es el lenguaje? En: Silvestri A, Blanck G. (comps.). Bajtin y Vygotsky: la organización semiótica de la conciencia. Barcelona: Anthropos, 1993.
27. Sellars W. Empirisme et philosophie de l' esprit. Combas: Editions de L' Eclat, 1992.
28. Garcia Carpintero M. Las razones para el dualismo. En: Chacon P, Rodríguez M. Pensando la mente. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
29. Wittgenstein L. Investigaciones filosóficas. Barcelona: Crítica, 1988.
30. Ruiz-Vargas J M. La organización neurocognitiva de la memoria. Anthropos 2000; 189-190: 73-101.
31. Tulving E. Episodic and semantic memory. En: Tulving E, Donalson W, eds. Organization of memory. Nueva York: Academic Press, 1972.
32. Eco U. Semiótica y filosofía del lenguaje. Barcelona: Lumen, 1990.
33. Putnam H. La trenza de tres cabos. Madrid: Siglo XXI de España, 2001.
34. Barberousse A. L'expérience. Paris: Flammarion, 1999.
35. Ludwig P. Le langage. Paris: Flammarion, 1997.
36. Maturana H, Varela F. El árbol del conocimiento. Madrid: Debate, 1990.
37. Varela F J, Thomson E, Rosch E. De cuerpo presente. Barcelona: Gedisa, 1992.
38. Rorty R. La filosofía y el espejo de la naturaleza. Madrid: Cátedra, 1983.
39. Dennet D C. Tipos de mentes. Barcelona: Debate, 2000.
40. Zuazo J I. El sistema de relaciones objetales como estructura psicológica y la psicoterapia: (I) división, disociación, "tópicos", categorías y clases. Anales de Psiquiatría 1998; 14, 7: 314-323.
41. Jakobson R, Halle M. Fundamentos del lenguaje 2ª ed. Madrid: Editorial Ayuso, 1973.
42. Zuazo J I. Historia clínica e intervenciones: (I) narración, acontecimiento y psicoterapia. Anales de Psiquiatría 1999; 15, 6: 232-240.
43. Freud S. Análisis de la fobia de un niño de cinco años. Obras Completas. Tomo IV. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
44. Rogers C, Kinget G M. Psychothérapie et relations humaines. Vol 1. Louvaine: Presses Universitaires de Louvaine, 1976.
45. Scheler M. Le formalisme en éthique et l'éthique matériale des valeurs. Paris: Gallimard, 1951.

46. Greemberg L S, Paivio S C. Trabajar con las emociones en psicoterapia. Barcelona: Paidós, 1999.
47. Sifneos P E. The prevalence of alexithymic characteristics in psychosomatic patients. *Psychoter. Psychosom.* 1973, 22: 255-262.
48. Taylor G J. La pensée opératoire et le concept d' alexithymie. *Rev. Franç. Psychanalyse* 1990, 3: 769-783.
49. Marty M. El orden psicossomático. Valencia: Promolibro, 1995.